

TRASMOZ

Alba Pilar Cotano Angrino



Capítulo 1

Trasmoz.

Rodrigo Sanz tenía veinte años cuando conoció a Lucía Carcoma en una noche de julio de 1929 completamente estrellada. Él era el hijo primogénito de una acaudalada familia procedente del sur de la península, más concretamente de Sevilla, que venían a pasar los veranos a Trasmoz, un pequeño pueblecito aragonés de la comunidad de Zaragoza de donde Lucía era procedente.

Un municipio verdaderamente de dudosa reputación.

Al principio sus encuentros fueron meramente fortuitos, se chocaban en la plaza del pueblo, en las misas o en los bailes que por la noche organizaban los jóvenes al lado de la fuente. Y Rodrigo, como era de esperar, no tardó mucho en fijarse en Lucía, pues era la muchacha más bonita del lugar. Tenía el pelo largo y negro, los ojos brillantes y grises y una sonrisa encantadora y picarón.

Poseía una belleza verdaderamente sobrenatural, su cara parecía que había sido esculpida por el mismo Miguel Ángel y su cuerpo era delicado y voluptuoso al mismo tiempo.

La noche en que se conocieron él la invitó a bailar. No pudo resistir aquella tentación y la acercó a su cuerpo delante de todos los que allí se habían reunido.

–Llevaba mucho tiempo queriendo sacarte a bailar – le confeso Rodrigo algo abochornado una vez que el baile ya había acabado.

Lucía le sonrió.

–Y yo queriendo que lo hicieras.

No tardaron mucho en comenzar a salir después de aquella ocasión. Se veían principalmente escondidas, sin que nadie los pudiese ver o interrumpir. Las noches eran completamente suyas y sus reuniones tenían sobre todo lugar en el patio trasero de la casa de verano de Rodrigo y alguna vez cerca del pequeño castillo que coronaba la cima del pueblo. Tan elegante y tan antiguo que a veces parecía una entidad más que un puñado de piedras o, al menos, eso pensaba el muchacho.

A medida que pasaban las semanas, aun así, una duda comenzó a asolar el corazón del joven.

¿Qué ocurriría con ellos una vez finalizará el verano y él tuviese que volver a Sevilla? ¿El suyo era un amor de esos que se olvidaban con la llegada del otoño o, por el contrario, era algo destinado a perdurar? No sabía si tan solo se había encaprichado de Lucía o, al contrario, la amaba de verdad.

Era un poco difícil distinguir esos dos sentimientos para Rodrigo, pero, de algo estaba seguro, no quería perderla aún. Había algo que le atraía de una forma incondicional a su persona, casi parecía una devoción.

Y quizás era eso. Adoraba a Lucía, aquella mujer... Con su belleza, su inteligencia, su agudeza, su voz...

La adoraba.

Haría cualquier cosa por ella. No tenía ninguna duda sobre ello.

–¿Tú me amas? - le preguntó una noche a Lucía. Ella le sonrió con dulzura. Estaban ambos tumbados sobre la hierba, en el patio trasero de la casa de Rodrigo, que, en aquel momento, rodeados por aquella densa oscuridad, parecía negra. Tan solo se lograban distinguir contornos, siluetas envueltas en misterio.

–Claro que te amo, sino, no estaría aquí - dijo con un tono de voz en el que Rodrigo distinguió, o al menos quiso hacerlo, franqueza.

–Entonces ven conmigo a Sevilla una vez acabe el verano y casémonos allí.

–No puedo irme de aquí Rodrigo - admitió Lucía.

Rodrigo apretó la mandíbula. No podía aceptar aquella respuesta. Lucía tenía que ser suya para siempre, debía contemplarla día y noche.

–¿Por qué no? - preguntó visiblemente disgustado.

–Porque este es mi hogar y aquí viven mis hermanas, no las puedo dejar solas.

El muchacho levantó una ceja, visiblemente contrariado. Jamás había visto a las hermanas de Lucía y, para ser sincero, jamás había tenido noticias de su familia. Solía rodearse por las muchachas del pueblo y era amable con todo el mundo y la trataban con simpatía, pero... ¿cuándo se iba ya casi al amanecer después de sus encuentros a que casa volvía? Jamás la había visto traspasar ninguna puerta de aquel pueblo, tan solo la de la iglesia para asistir a misa.

-Hablaré con tus hermanas – le prometió Rodrigo, buscó a tientas las manos de Lucia -. Lo comprenderán. Estamos hechos el uno para el otro, lo sé.

-No sabes lo qué dices – murmuró ella -. En serio, deja las cosas estar. Estamos bien así.

Rodrigo apretó las finas manos de Lucia en la oscuridad, las tenía demasiado frías.

-No. Sé que hasta Dios querría nuestra unión – musitó.

Lucía rió en voz baja.

-Dios es el primero que no la querría.

-No digas tonterías.

Rodrigo se dio la vuelta echando parte del peso de su cuerpo a la izquierda y, apoyando un codo en la húmeda tierra, se colocó encima de Lucia y comenzó a besarla. Ella respondió a su beso de forma sensual, sus labios se rozaron y después su lengua se fue abriendo paso por la boca de la muchacha y sus manos comenzaron a jugar con el vestido que ella llevaba aquella noche hasta que puso sus manos sobre sus senos firmes. Entonces ella lo detuvo.

-Espera Rodrigo, va a amanecer – dijo con un pequeño jadeo -. Debo irme o mis hermanas se darán cuenta de que he salido – lo apartó de encima suyo y comenzó a incorporarse, después empezó a alisarse el cabello negro, el cual, seguramente, estaba algo despeinado y lleno de pequeñas briznas de hierba.

-Sí... Lo entiendo.

Lucia le dio un tímido beso en los labios en forma de despedida y se apresuró a ponerse de pie, pero, una vez que lo hizo y justo antes de marcharse, Rodrigo la agarró por la muñeca.

-¿Nos veremos esta noche? - quiso saber.

-No puedo – negó Lucia.

Rodrigo arrugó el ceño.

-¿Por qué?

-Hay luna llena.

-¿Y qué más da?-Nos veremos en el pueblo, hoy hay misa a las ocho. Te veré allí.

Y sin más dilación con un simple movimiento de muñeca Lucia se zafó de Rodrigo y se precipitó hacia la oscuridad de la fría noche. Al hacerlo Rodrigo se dio cuenta de que no tardaría mucho en amanecer, pues algunos vergonzosos rayos de sol ya comenzaban a lamer el cielo nocturno, apresurándose por llenar todo de luz y claridad, y de que, de una forma u otra, debía convencer a las hermanas de Lucia de que la dejarán irse con él porque ella debía ser suya.

Para siempre.

Cinco minutos antes de que comenzará la misa Rodrigo se paró ante el portón de la iglesia para vislumbrar si aparecía Lucia con los ojos posados en la plaza principal del pueblo, la cual tan solo consistía en un par de casas bastante humildes colocadas de forma circular alrededor del templo. Lo hizo junto con su amigo Manuel, un joven de unos veintidós años de pelo ensortijado y marrón, él cual también era originario de aquel pequeño pueblo. No era un mal chico, pensaba Rodrigo, solo era algo retraído y lento en lo que a estudios se refería, apenas había aprendido a leer el verano pasado, pero se manejaba realmente bien en lo que a temas agrícolas se refería. Se notaba que procedía de una familia de agricultores y ganaderos.

-¿A quién estamos esperando Rodrigo?

-Ya te lo he dicho Manuel, a Lucia, ayer me dijo que vendría hoy a misa, pero aún no la he visto. Ya han entrado Fátima y las demás muchachas, pero no las acompañaba hoy - explicó encogiéndose de hombros.

-Anda ... - Manuel se rascó la cabeza -. ¿Y quién es esa?

Rodrigo volteó la cabeza hacía su amigo, visiblemente perplejo. Manuel había conocido a Lucia mucho antes que él, por lo que tenía entendido eran amigos de la infancia y en más de una ocasión los había visto charlando juntos.

-¿Pero qué estás diciendo Manuel? La única Lucia que tiene este pueblo, ya sabes, preciosa,ojos grises... Hace poco empecé a salir con ella.

En el rostro de Manuel se dibujó una despreocupada y animosa sonrisa.

-Anda chico, así que, saliendo con una moza, pues ya me la presentarás, ¿eh? - y le guiño un ojo mientras le daba un pequeño codazo en las

costillas.

-Pero sé puede saber a ti qué mosca te ha picado...

-Buenos días Rodrigo, buenos días Manuel.

La voz de Lucia apareció de pronto, de repente, y Rodrigo se sobrecogió bastante al escucharla. No la había visto venir, ¿cuándo había aparecido? Al ver cómo la saludaba Manuel casi le pareció divertida la conversación anterior, pero... Pero tenía un regusto extraño en la boca. ¿Todo iba bien?

-¿Te puedes creer Lucia que Manuel me estaba diciendo que no te conocía? - dijo riéndose, aunque la verdad, aquello no le producía ninguna gracia.

Manuel levantó una ceja y arrugó el rostro.

-¿Qué dices tú? Si estábamos hablando de que estábamos esperando a Lucia - dijo Manuel con total franqueza.

Rodrigo paró de reírse en seco.

-Si me estabas diciendo que no la conocías.

-¿Qué dices mozo? Si la conozco desde mocillo.

Lucia se interpuso entre los dos.

-La misa está a punto de empezar, será mejor que entremos.

Y aquella conversación quedó en el aire...

Después de la misa Lucia se apresuró hacia la salida, pero Rodrigo la detuvo en la entrada.

-Tenemos que hablar.

-Ahora no Rodrigo, ya te lo dije. Me tengo que ir - se excusó.

-Pero...

-Nos veremos mañana, te lo prometo.

Lucia se inclinó hacia él y le dio un rápido beso en los labios, fue algo parecido a una brisa en verano, corto pero fresco y Rodrigo se relajó.

-Como quieras – le sonrió.

Y la dejó marchar. No tardó mucho en perder su silueta entre la de las demás personas que acababan de salir de la iglesia y suspiró con pesadez, de repente, se sentía muy cansado.

-Rodrigo, Rodrigo – Manuel le puso una mano sobre el hombro -. Perdón por tardar, que me había entretenido hablando con el padre sobre unos pecadillos sin importancia... Pecadillos sobre los que tiene mucho que ver Agustina, la hija del panadero – dijo socarrón y malicioso -. Ay las mujeres, nos tienen locos a todos y hablando de eso, ¿al final has encontrado a tu moza?

A Rodrigo comenzaba a dolerle tanto la cabeza que apenas se fijó en las palabras que decía Manuel o, para ser sinceros, no quiso detenerse a pensar en ellas. No tenía fuerzas para eso.

-¡Si tú la has visto! – contesto y se apresuró a decir -. Bueno, da igual, me siento realmente mal, creo que iré yendo hacia casa.

-Oh, si si, claro. Nos vemos mañana pues.

-Vale.

Rodrigo se desembarazó de la mano de Manuel y comenzó a caminar hacia su casa con paso lento, le pasaban las piernas, el cuerpo, el alma... ¿Qué le estaba pasando? Aquella noche de luna llena le había quitado todas las fuerzas del cuerpo.

-¡Rodrigo! - grito una voz -. ¡Espera, muchacho, espera!

Rodrigo, quien ya iba subiendo por la calle principal del pueblo, la cual daba justamente a la entrada de su casa de verano, se paró en seco al distinguir la voz de Miguel Terbeo, el párroco del pueblo. El cura se colocó a su lado y le sonrió con acritud. Era un hombre ya anciano, con poco pelo y él que le quedaba era de color ceniza. Su rostro estaba plagado por finas arrugadas y poseía una nariz grande y ancha que, de una forma muy infantil, a Rodrigo le recordaba a una patata. Aun así, aquel hombre tenía unos ojos extrañamente amables.

-Padre, ¿necesita algo?

-Tan solo quería charlar un rato contigo hijo, de camino a casa.

Aquella contestación le pareció un poco rebuscada a Rodrigo, pero lo dejó estar. Seguía sintiéndose mal y no quería empezar a darle vueltas a las

cosas, además, rehusar una oferta de un cura le parecía algo incorrecto.

–No me encuentro muy bien padre, no seré un buen conversador – explicó.

Miguel frunció los labios.

–Ya veo... Está bien hijo, te acompañare a casa, aun así.

–Como guste.

Se pusieron en camino. Al ser un pueblo tan pequeño no tardarían mucho en llegar a la puerta de la casa de Rodrigo así que la presencia del cura no le importaba demasiado. Además, la luna, que estaba en su punto más brillante, les ofrecía una espléndida y casi cálida luz sobre la calle asfaltada que pisaban.

–He visto que has comenzado a hablar mucho con Lucia – dijo el cura.

Rodrigo se paró en seco. Nadie más le hablaba de ella e incluso parecían no reconocerla o acordarse de su existencia, pero aquel hombre la veía, la recordaba.

–Sí, estoy pensando en casarme con ella – reconoció algo nervioso.

Miguel Terbeo se detuvo de pronto, con una expresión de verdadero horror en su rostro.

–Por Dios hijo, no hagas eso – dijo con una voz tan baja que solo Rodrigo era capaz de escucharla.

Aquella contestación molestó muchísimo a Rodrigo.

–Claro que lo voy a hacer. La amo y es una buena mujer, necesito tenerla en mi vida. Me la llevaré a Sevilla cuando acabé el verano.

El cura cogió entonces a Rodrigo por los hombros y con violencia lo arrastró hasta una pequeña bocacalle. Aquel callejón algo alejado de la calle principal olía a orines rancios y era muy estrecho. A Rodrigo no le dio tiempo a reaccionar y solo una vez ya que estuvo contra la pared, mirando fijamente los ojos del cura, pudo desprenderse de sus manos. Estaba tan mareado y se encontraba tan débil que no había podido resistirse ante aquel anciano.

–Escúchame Rodrigo, aléjate de Lucia, lo digo por tu bien. Es en serio – la voz de aquel hombre temblaba, cada palabra que salía de su boca la decía

en un tono más bajo que la anterior.

–Déjeme ir – le ordenó Rodrigo con voz dura -. Está loco – sentenció.

–Tú también lo habrás notado, ¿no? ¿Qué todo el mundo una vez que deja de mirarla la olvida? Todos, menos, por supuesto, tu.

Las palabras del párroco salían de una forma ansiosa de su boca, de una forma tan apresurada que eran atropelladas las unas por las otras. Rodrigo, enfurecido, arremetió contra el cura, le dio lavuelta y lo empujó contra la pared cogiéndolo por el alzacuellos.

–Y tú, ¿te acuerdas de haberla visto antes? Llevas viniendo a este pueblo desde niño, antes de este verano, ¿te acuerdas de Lucia?

Rodrigo abrió los ojos como platos y dejó que sus brazos cayeran a sus costados a peso muerto. No, la verdad era que no se acordaba de haberla visto nunca. Cerró los ojos con fuerza, le dolía tanto la cabeza, pensaba tanto en Lucia... Lucia, quién era tan bella, Lucia, quien era taninteligente, Lucia, que parecía tan irreal. Lucia, ¿acaso existía de verdad? Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba llorando.

–Un día de repente yo también la vi y la invité a pasar a la iglesia. No me di cuenta de que estaba atrapada en este sitio, está conectada a esta estúpida tierra... Por eso soy capaz de recordarla, por eso no la puedo olvidar, por eso juega conmigo. Por todos los santos – el cura se tapó la cara con las manos -. La invité a la casa de Dios... Yo...

–Cállese – le pidió Rodrigo temblando de rabia, de miedo y de incertidumbre.

Pero el cura no lo hizo.

–¿Sabes por qué es tan famoso este pueblo hijo mío? Porque este pueblo está excomulgado, está fuera de la mano de Dios, por eso ellas son capaces de andar libremente por aquí.

–¡Cállate! - grito entonces Rodrigo.

–¡Brujas del demonio! - gritó el cura.

Rodrigo sintió como le volvían todas las fuerzas al cuerpo justo en el momento antes en que, sus manos, se posaron con violencia sobre el cuello del sacerdote. Sintió la fina y delicada tela del alzacuellos mientras lo estrangulaba con fuerza. Solo era capaz de pensar en Lucia... Su Lucia, supreciosa Lucia, mientras Miguel no paraba de retorcerse ante él y de escupir saliva. Justo en el momento en el que escuchó un leve "clac" lo

soltó.

El cuerpo cayó desplomado sobre el pavimento.

Entonces Rodrigo volvió en sí.

–Dios mío, ¿qué he hecho? - dijo en voz alta -. He matado a un hombre.

Se llevó las manos a la cabeza, con los ojos inyectados en sangre y a punto de salirse de sus órbitas. Miles de pensamientos acudían de una forma feroz y veloz a su cabeza. ¿Qué había hecho? ¿Por qué lo había hecho? Tenía que ir corriendo a decírselo a alguien, pero... Pero si hacía eso él iría a la cárcel y entonces perdería a Lucia para siempre.

Pero se sentía tan débil... No podía cargar con ese cuerpo el solo o al menos no enteró.

Entonces Rodrigo sonrió débilmente, aunque más bien fue una mueca loque inundó su semblante, mostrando todos los dientes de forma colérica. Agarró el cuerpo del padre por los tobillos, lo arrastró como pudo hasta el final del callejón y lo dejó allí. Lo dobló hasta que hizo, de nuevo, "clac", flexionando su espalda de una forma inhumana, totalmente curvada hacia abajo y después se encamino hacia su casa pensando en qué iba a necesitar el hacha que usaba su padre para cortar los troncos que crecían en el jardín y un par de bolsas de tela mientras la luna guiaba sus pasos con su luz.

Rodrigo asaltó a Lucia antes de que esta entrará en su patio al día siguiente de lo ocurrido con el padre. Se mantenía envuelto en las sombras así que la muchacha no lograba verlo, pero le llegaba un extraño olor de donde procedía su voz. Era una fragancia dulzona y metálica a la vez. Algo fétido que hacía que se respirase a podredumbre. Era el hedor, sin duda, que desprendía la sangre.

–Tenemos que hablar Lucia – le dijo muy nervioso.

–Te llevan buscando todo el día Rodrigo, ¿dónde has estado? ¿Por qué no apareciste por tucasa ayer después de la misa? Estaba muy preocupada... Espera, ¿qué es ese olor?Dio un par de pasos hacia atrás, asustada.

–Huele a...

–He hecho algo verdaderamente terrible – la voz de Rodrigo no paraba de temblar -. Tenemos que huir de aquí.

–¿Qué has hecho? - le preguntó muy contrariada.

-Ven a verlo - le suplicó casi entre lágrimas.

-¿El qué? Me estás dando miedo Rodrigo.

Rodrigo le cogió las manos que apareciendo delante suya de pronto, lo hizo con cuidado, con delicadeza, de una forma tan gentil que casi fue un gesto bello. La negrura era tan densa que apenas se lograban distinguir los dos, pero, al entrecerrar los ojos Lucia consiguió distinguir como la camisa de Rodrigo estaba salpicadas por grandes manchas que parecían tinta negra y que estas emanaban la esencia de la sangre.

-El padre Miguel tampoco se ha dejado ver en todo el día hoy... - dijo, dándose cuenta de la situación. Cerró los ojos con fuerza, tomando una resolución -. Enséñame que has hecho Rodrigo.

Caminaron hasta llegar a las proximidades del castillo que coronaba Trasmoz. Allí, tan solitario y antiguo, para darles la bienvenida a un fatídico final. Lucia, en todo el trayecto que habían recorrido juntos, de la mano, no había parado de temblar, a pesar de que la noche era especialmente calurosa.

-¿Me han estado buscando todo el día? - le preguntó Rodrigo antes de llegar.

Ella dudó en responder, pero al final lo hizo con franqueza.

-A medida que iba pasando el día la preocupación de tus padres aumentó y se fueron a dar cuenta a la Guardia Civil, ellos les dijeron que hasta pasadas veinticuatro horas no podían dar un parte ni podían empezar a buscarte así que algunos vecinos se pusieron a registrar el pueblo... Nadie esperaba que estuvieras por aquí.

-Ya veo - Rodrigo se detuvo -. Hemos llegado.

Ante ellos había una pequeña fosa excavada recientemente. Un fuerte olor a descomposición provenía de esta, era una mezcla realmente nauseabunda entre el olor de la sangre, de las heces y del vómito. A Lucia le recordó a la peste que desprendían los cadáveres de los animales cuando estos eran sacrificados para comer o abiertos para desangrarlos.

Se inclinó hacía el foso. Tan solo llegaba a distinguir algunas siluetas de lo que parecían ser unas bolsas.

Entonces lo comprendió y se llevó una mano a la boca, horrorizada, y soltándose de Rodrigo.

-¿Qué has hecho?!

Rodrigo se mantuvo callado, tan solo miraba al horizonte con la mirada taciturna de aquellos que casi han perdido ya el juicio y no distinguen lo real de lo imaginario.

-Te llamó bruja - dijo despacio, como si aquella fuese la única explicación que necesitaba -. No paraba de hablar... Lo hice sin querer - comenzó a volver en sí -. Dios mío Lucia, ¿qué he hecho?

-¿Qué importa lo que me llamase! ¡Has matado a un hombre! - exclamó horripilada -Tenemos que decírselo a la Guardia Civil.

Rodrigo abrió los ojos como platos y se abalanzó sobre ella agarrándola por los hombros de forma violenta.

-¡No puedes hacer eso! Tenemos que huir - Rodrigo no paraba de llorar -. Si se lo cuentas a alguien me llevarán preso, iré a la cárcel, no podré estar contigo - dijo gimoteando.

Empezaron a forcejear, Lucia no paraba de moverse, quería salir de allí cuanto antes.

Necesitaba liberarse de las manos de Rodrigo y salir corriendo hasta llegar al pueblo, pero este la sujetaba con tanta fuerza que le era imposible.

-¡Eso deberías haberlo pensando antes de hacer esto! - gritó escupiéndole en la cara -. ¡Pecador, asesino, asqueroso! - cada palabra que salía de sus labios era como una puñalada para Rodrigo.

¿Cómo podía estar diciéndole Lucia aquellas cosas tan hirientes? Él, que solo quería estar con ella, él, que haría todo por ella, ¿cómo se atrevía a mancillar su amor con aquellos términos tan despectivos? ¿Cómo podía ofenderle tanto? Estaba realmente furioso, ¿acaso no entendía que lo había hecho por ella?

-¡Ya no te amo! - dijo llorando la muchacha -. Jamás me iría contigo. Suéltame, por favor... -imploró -. Te prometo que no le contaré a nadie esto, pero por favor...

Rodrigo empezó a reírse.

-No sabes lo que dices - le sonrió -. Tú quieres estar conmigo, debes estar conmigo.

-No...

-Me amas.

-Suéltame por favor... - gimoteó.

La lanzó al suelo y él se tiró encima suyo con una sonrisa de oreja a oreja mientras veía como las lágrimas de Lucia surcaban su rostro.

-Estaremos juntos para siempre - le prometió -. Me da igual si es en esta vida... O en la siguiente.

Oteó en la oscuridad el hacha que había usado para despedazar y desmembrar el cuerpo del padre Miguel y la cogió por el mango. Lucia no paraba de retorcerse, de gritar, de gimotear. Le arañaba la cara con las uñas de las manos, se revolvía debajo de él como un animal que entiende que le ha llegado su final pero que lucha para que no ocurra.

Un instante antes de que Rodrigo levantase por encima de él el hacha paso una estrella fugaz detrás de ellos iluminando el castillo y todo el panorama que lo envolvía. Lucia pudo ver el momento exacto en que, con un destello metálico, el hacha caía de forma precipitada y brusca sobre su cuello y él, pudo contemplar, el último suspiro que daba su boca y como la sangre salpicaba subello rostro. <<Sigue siendo hermosa, mi amada, bellísima, Lucia>> - pensó.

Media hora antes de que amaneciese, justo en el momento en el que el cielo comienza atañirse de un rosa oscuro, casi morado, indicando que el sol está al caer, Rodrigo subió a las ruinas del castillo que coronaba la cima de Trasmoz y se tiró desde ellas. Su cabeza quedó completamente abierta por el choque y todos sus sesos quedaron esparcidos por la tierra, pero cuando encontraron su cuerpo al amanecer, en su rostro estaba dibujada una sonrisa fúnebre.

No tardaron mucho más en encontrar los restos de lo que había sido el padre Miguel en vida.

Estaba descuartizado completamente y metido en bolsas marrones, las cuales ahora estaban teñidas de rojo, pero nadie, absolutamente nadie, encontró el cuerpo de ninguna mujer en aquel lugar.

Era el año 2017 cuando Alejandro Martín visitó por primera vez el pequeño pueblo aragonés de Trasmoz. Lo hizo en compañía de sus padres y de su hermana pequeña, Ana María, la cual, a los ojos del muchacho, era muy impertinente. Él tenía diecinueve años y estaba en primero de

Medicina en la universidad de Zaragoza y solo quería salir de aquel sitio.

O al menos era así hasta que, una tarde, en la plaza del pueblo, sus ojos se posaron en una muchacha. Era la chica más bonita que había visto jamás, con el pelo negro y largo y los ojos grises.

Su rostro era dulce y delicado, pero, al mismo tiempo, poseía una sonrisa maliciosa. No dudo en acercarse a ella.

-Hola - la saludó.

Ella estaba sentada en la fuente contemplando el agua y giró su cabeza cuando Alejandro comenzó a hablar.

-Hola - le dijo y le sonrió.

Alejandro le devolvió la sonrisa. Qué guapa era... Y que dulce parecía... Él nunca había creído en los flechazos, pero se lo estaba empezando a replantear.

-Soy Alex - se presentó -. ¿Y tú?

-Me llamo Lucia.

-¿Eres de aquí? - quiso saber, de repente necesitaba saberlo todo sobre Lucia, quién era, qué estudiaba, qué le gustaba, si estaba con alguien.

-Si, soy de aquí, vivo con mis hermanas.

-Que guay. Yo soy de Zaragoza, he venido a pasar las vacaciones - explicó con una risilla nerviosa.

-¿Y eso?

-Bueno ya sabes... Este pueblo tiene fama de maldito - Alex se rió por lo bajo -. A mis padres les hace gracia el tema de los aquelarres y las brujas y como mi padre es escritor ha venido a investigar las leyendas que rondan por aquí.

Lucia juntó las manos sobre el regazó.

-Yo conozco algunas leyendas - declaró dulcemente, su voz era tan suave, tan melodiosa, que a Alex no le habría importado quedarse a escucharla.

-¿Cómo qué? - preguntó.

Lucia frunció los labios mostrándose nostálgica.

-No sé si debería decírtelo, era algo que quería compartir con otra persona.

-¿Un novio? - preguntó Alejandro disgustado.

Claro... Como una chica tan bonita como ella no iba a tener uno.

-Algo así, se marchó hace mucho tiempo. Era de Sevilla...

Alex no pudo evitar sonreír, tenía esperanzas aún.

-Bueno, ya verás que te sonsacaré alguna - dijo socarrón.

-Para eso tendrás que invitarme a tu casa - le pidió ella.

-Claro, cuando quieras.

Lucia comenzó a mirarle a los ojos con mucha intensidad, casi parecía que saltaban chispas entre ellos. Alejandro comenzó a sentir un extraño ardor dentro de él, un deseo que hasta entonces no había sentido.

-¿Sabes qué se decía que antiguamente las brujas hechizaban a los hombres y les obligaban a hacer cosas terribles por ellas?

Alejandro arrugó el ceño y asintió.

- Algo he oído. También que están unidas a esta tierra y que por eso había tantas aquí.

Entonces Lucia sonrió ampliamente mostrando todos los dientes de su delicada boca.

-Vaya, veo que vienes preparado.

-Un poco - confesó Alejandro -. No quiero tener ningún susto - dijo mirando de forma descarada a Lucia.

-Espero poder ayudar a tu padre con las historias.

-Claro - Alejandro se encogió de hombros Tenemos todo el verano.

-Sí, tenemos todo el verano...